

ENTREVISTAS

**AFECTOS: UN MODELO PARA
DESARMAR
ENTREVISTA A CECILIA MACÓN
POR FRANCISCO LEMUS**

Francisco Lemus

Universidad Nacional de La Plata/ UNTREF/ CONICET

Francisco Lemus es Historiador del Arte por la Universidad Nacional de La Plata y Doctor en Teoría Comparada de las Artes por la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Es Magister en Curaduría en Artes Visuales por la misma universidad. Su tesis doctoral se titula Guarangos y soñadores. La Galería del Rojas en los años noventa. En el marco de una Beca Posdoctoral del CONICET, investiga las respuestas artísticas y políticas al vih/ sida en la posdictadura argentina. Es docente del Departamento de Estudios Históricos y Sociales de la Facultad de Bellas Artes de la UNLP y de la Maestría en Estudios y Políticas de Género de la Untref. A su vez, es integrante del comité editorial de la revista Estudios Curatoriales. Publica artículos académicos y textos de divulgación en revistas nacionales e internacionales. Ha curado distintas exposiciones, entre ellas Imágenes seropositivas Prácticas artísticas en torno al vih durante lo años 90 (La Ene, 2017) y Tácticas luminosas. Artistas mujeres en torno a la Galería del Rojas (Colección Fortabat, 2019).

Contacto: franlemus09@gmail.com



Mariela Scafati, *Windows*, 2011, instalación, 36 afiches de 100 x 150 cm c/u pintados a mano más bastidor, sogas, poleas y una alfombra. Colección MALBA.

Sitio web: <https://segapblog.wordpress.com/>

En los últimos años, el estudio de los afectos ha cobrado mayor importancia en diferentes grupos de investigación y seminarios dictados en universidades nacionales y espacios relacionados al activismo político. Los marcos teóricos y las preguntas metodológicas se han visto atravesadas por la bibliografía relativa al “giro afectivo” en concordancia con un interés creciente —y de larga data— por la teoría spinoziana y las relecturas de Deleuze. De manera tardía, las instituciones artísticas y el mercado editorial, por mencionar algunas de las esferas que hacen a la lógica del campo cultural, han prestado

atención a estas discusiones, más atentos a su rápida traslación y al impacto mediático de autores anglosajones que al rastreo minucioso de la producción científica local.

En esta entrevista, Cecilia Macón¹—coordinadora del SEGAP (Seminario sobre género, afectos y política)— repasa algunas de las cuestiones que hacen de los afectos una teoría crítica posible de ser habitada a través de disciplinas y especialidades interesadas en debatir la política, el género, la historia, la educación y las prácticas artísticas.

Francisco Lemus: ¿Cuál era el estado de la cuestión en relación al estudio de los afectos en Argentina en los años previos a la formación del SEGAP?

Cecilia Macón: El SEGAP se conformó en el año 2009; es decir, cuando ya estaba activa la denominación de “giro afectivo” para dar cuenta del desarrollo de un punto de vista sobre las humanidades y las ciencias sociales que atiende al rol de los afectos en instancias colectivas. Si bien, estrictamente hablando, la denominación “giro afectivo” refiere a una perspectiva específica dentro de las desarrolladas en los últimos años — fundamentalmente, la de corte deleuziano—, ha comenzado a ser utilizada para denominar un desplazamiento más general de la mirada para atender a estas cuestiones. Más allá de la diversidad de perspectivas que engloba, uno de los elementos constitutivos de este modo de interpretar implica suponer que los afectos/emociones no son estados

¹ Cecilia Macón enseña e investiga Filosofía de la Historia en la Universidad de Buenos Aires. Es Doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y Magister en Teoría Política por la London School of Economics and Political Science. Ha publicado *Sexual Violence in the Argentine Crimes Against Humanity Trials. Rethinking Victimhood* (2016) y ha editado los libros *Pensar la democracia, imaginar la transición* (2006), *Trabajos de la memoria* (2006) y *Mapas de la transición* (2010) —junto a Laura Cucchi—. A su vez, realizó las compilaciones *Preterito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* (2015) —junto a Mariela Solana— y *Afectos Políticos. Ensayos sobre actualidad* (2017) —junto a Daniela Losiggio—. En los últimos años, publicó artículos en revistas como *Historiën*, *Journal of Romance Studies*, *Mora*, *Journal of Latin American Cultural Studies*, *E-Misferica*, *Clepsidra*, *Debate Feminista* y *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*. Sus investigaciones se centran en debatir la idea de agencia, particularmente en el modo en que enlaza pasado, presente y futuro.

internos, individuales ni pasivos, sino que se trata de instancias de conformación y activación colectivas. Es también una perspectiva que no piensa a los afectos/emociones en tanto opuestos a la racionalidad y/o la acción *per se*. Hecha esta aclaración, es importante notar que antes de que se sistematizara este giro en la Argentina, y tal como sucedió en otros lugares del mundo, existían distintas tradiciones de pensamiento dedicadas a la cuestión. Por ejemplo, la filosofía siempre se ocupó del tema a través de la fenomenología, la filosofía política, la estética, la historia de la filosofía o la ética. Las ciencias sociales también habían trabajado el tema, en especial, con grupos específicos vinculados a la acción colectiva. Lo que intentamos introducir nosotrxs fue una perspectiva transdisciplinaria y heterodoxa en términos teóricos y metodológicos capaz de dialogar con otras tradiciones contemporáneas como el “giro lingüístico” o los nuevos materialismos.

FL: En este sentido, ¿cómo surgió la iniciativa?

CM: La iniciativa surgió dentro de un grupo dedicado a las llamadas Nuevas Filosofías de la Historia con sede en la Universidad de Buenos Aires en el cual algunas de nosotras nos dedicábamos a cuestiones como estudios de la memoria o filosofías de género. Son áreas en las que el desarrollo intensivo sobre los afectos fue más temprano y, en un punto, imprescindible. Por ejemplo, cuestiones como la posmemoria implican necesariamente una reflexión sobre los afectos que necesita de problematizaciones sofisticadas. En el caso de los debates sobre género y sexualidades en ese momento ya estaban claros dos aspectos: que gran parte de los desarrollos más productivos llegaban a través de teóricas de estas áreas y que, de hecho, los movimientos y conceptualizaciones asociados al feminismo problematizaron estos temas prácticamente desde sus inicios. En mi caso particular la preocupación llegó junto con mi tesis de maestría presentada en 2002 en la cual, justamente, trabajo el papel de los afectos en el orden público. A través de un marco

teórico más clásico, me centré en desarmar el prejuicio de que la esfera pública debe centrarse solo en “razones” para funcionar cargando sobre las emociones el peso del error —por decir algo liviano—. De hecho, la escribí como respuesta a un profesor británico que afirmaba que la democracia deliberativa no podía funcionar en países latinos porque somos demasiado emocionales. Desarmar pero a la vez discutir en detalle el armado de estas ideas —que involucran, ciertamente, al racismo— fue para mí el punto de partida para discutir el papel de los afectos/emociones en lo público de modo tal que no impliquen ni romantizar ni condenar su papel.

FL: Una de las características del SEGAP es su interdisciplinariedad, experiencia que permite entrecruzar marcos teóricos, metodologías y objetos de estudio. ¿A qué se debe este proceso?

CM: Después de las primeras reuniones y producciones muy rápidamente se sumaron a SEGAP investigadorxs y estudiantes de otras áreas —Ciencia Política, Artes, Historia, Sociología, Educación, entre otras—. Creo que lo que nos integra no es solo la preocupación puntual sobre estos temas, sino también la necesidad de trabar diálogos interdisciplinarios capaces además de atender a marcos teóricos muy diversos entre sí. También está presente la intuición de que reflexionar de esta manera permite generar hipótesis de lectura más productivas y, en un punto, disonantes. Entiendo que a esta altura todxs hemos transformado profundamente nuestras investigaciones a partir de esta conformación del grupo. Hay quienes trabajan temas exclusivamente teóricos y quienes construyeron una metodología para acercarse a objetos de estudio concretos donde no se “aplican” conceptos, sino que se entiende que la teoría genera interpretaciones aunque no se la cite. Creo que esta lógica del grupo habilita este tipo de operaciones transversales. Permite también enfrentarse todo el tiempo a la propia ignorancia y poder revisar constantemente lo que se creía.

FL: El feminismo y la teoría queer ocupan un lugar clave para pensar los afectos. ¿Cuáles serían sus principales aportes? Teniendo en cuenta la actual coyuntura de debate ¿qué autores y discusiones consideras que son las más relevantes?

CM: Me gustaría aclarar primero que no creo que esto sea casual. Los movimientos feministas y LGTTBIQAX+ entendieron muy tempranamente que los activismos emancipatorios para ser exitosos necesitan alterar un determinado orden afectivo, en este caso, el cisheteropatriarcal. Se trata no solo de poner en funcionamiento los afectos o reconocer su papel en lo público, sino también de comprender que hay órdenes afectivos que legitiman la opresión. Demolerlos implica desplegar movimientos capaces de cumplir sus objetivos de manera consistente. En relación con las discusiones contemporáneas el giro afectivo implica, sin dudas, un diálogo tensionado con el giro lingüístico que marcó fuertemente la tercera ola del feminismo. Cuando digo “tensionado” me refiero al modo en que las teorías contemporáneas sobre los afectos insisten en volver a hacer foco en la experiencia y en la corporalidad tratando, a la vez, de evitar cualquier esencialismo y/o reificación. Podríamos decir que este es un gesto sobre el que se sostuvo la tercera ola. Aunque cierto movimiento que participa del giro afectivo es muy duro con el giro lingüístico —creo que injustamente— paradójicamente y *malgré lui* no puede evitar tomarlo como punto de referencia. No se trata entonces de volver sobre la experiencia afectiva desde una perspectiva ingenua, sino de revisarla evitando todo esencialismo. En relación con las teorías más recientes hay perspectivas teóricas que llegan del liberalismo como Martha Nussbaum, otras que tienen una raíz deleuziana y algunas que se acercan más a la tradición benjaminiana. No hay que olvidar tampoco a antropólogas como Ann Stoler o a sociólogas como Deborah Gould y Arlie Hochschild. Sin embargo, los aportes más difundidos son los que llegan desde teóricxs más heterodoxxs como Sara Ahmed, Lauren Berlant, Ann Cvetkovich y —más recientemente— Jan Slaby. En este sentido,

me parece que uno de los aportes más importantes es que permiten pensar la interseccionalidad desde un punto de vista distinto y que han construido un andamiaje teórico muy sofisticado trabajando con cine, arte, literatura, discurso político e investigaciones de campo. De hecho, la cuarta ola del feminismo fue caracterizada por Prudence Chamberlain justamente en términos de la centralidad que adquiere la discusión del orden afectivo. Esto se produce además en un marco en el que el ciberactivismo — con su particular modo de activar y poner en circulación afectos— cumplió un papel clave en las movilizaciones feministas más recientes.

FL: Es posible observar dos líneas de trabajo en las que la problemática de los afectos adquirió importancia, el estudio de las imágenes y las formas de acción política ¿Cómo se ha producido este cruce?

CM: Creo que uno de los elementos más evidentes es el hecho de que la imagen es cada vez más central a la hora de construir las movilizaciones políticas —tanto en el activismo en las redes como en el callejero—. Del mismo modo, las artes visuales tienen de manera notable una dimensión política creciente que, a la vez, busca desprenderse de los modos más clásicos de hacer arte político. Este es un proceso que se puede percibir en los supuestos “centros” y en las supuestas “periferias”. Este acercamiento supuso también una focalización en la experiencia, la corporalidad y la construcción de subjetividades cada vez más sofisticada. Creo que es allí donde el giro afectivo resulta tan productivo a la hora del análisis. Esto resulta clave, por ejemplo, en el papel del performance como acto estético-político y como matriz de análisis. También, es importante señalar que esta perspectiva colaboró en una revisión de la estética de la recepción atravesada ahora por las discusiones propias del giro afectivo planteado como un modo de la intersubjetividad en el cual el encuentro entre cuerpos es fundamental. El impacto del giro afectivo se

extiende a modos claramente disruptivos de pensar el arte como es el caso de la ecocrítica en las que se desplazan ideas como naturaleza y medio ambiente.

FL: Teniendo en cuenta esto último que decís, ¿qué particularidades se presentan en torno a Latinoamérica? A su vez, ¿cómo crees que han sido los procesos de traducción y discusión con el “centro”?

CM: Indagar en el impacto del giro afectivo en Latinoamérica implica abrir una pregunta: ¿en qué medida su encarnación en la reflexión y en la producción culturales de la región supone una respuesta desafiante a aquellas definiciones consensuadas en el Norte Global? Entiendo que esto supone el desarrollo de solo algunas de sus variantes conceptuales y el rechazo de otras, pero también un lazo especial entre teoría, activismo y producción cultural que ha derivado en una reflexión particularmente fructífera.

Pero me gustaría responder a esta pregunta comenzando por recordar la distinción terminológica entre afectos y emociones que permite también distinguir dos vertientes dentro del giro afectivo. Según las definiciones más consensuadas que toman como referencia los desarrollos de Brian Massumi, los afectos, entendidos como la capacidad de afectar y ser afectados, pertenecen al orden de la intensidad y del encuentro entre cuerpos. De este modo, estrictamente hablando, los afectos representan una dimensión asociada a la experiencia corporal. Resultan así desestructurados y pre-lingüísticos y encarnan la capacidad de respuesta ante el mundo. Las emociones, por su parte, son la expresión de tales afectos atravesados por la dimensión cultural expresada en su codificación. Esta distinción no es plenamente aceptada en todas las discusiones producidas en el marco del giro afectivo. En este sentido, es importante destacar tanto las objeciones de Margaret Wetherell a la diferencia en sí misma, como el ingreso a la discusión de vocabularios que rompen la dicotomía como el desplegado alrededor de las ideas de “sentimientos” o “sensaciones”. Aquella distinción sostenida fuertemente por

Brian Massumi y sus discípulos delinea así una de las versiones del giro afectivo. Sin embargo, la segunda tradición descrea de esta diferencia utilizando de manera más laxa el vocabulario apostando al análisis crítico del modo en que las narrativas construidas alrededor de las emociones impactan sobre la experiencia individual y colectiva —y viceversa—. Esta última es la versión que más impacto ha tenido en la región. Tampoco hay que olvidar que en nuestra región la teoría crítica, la biopolítica, el psicoanálisis y la fenomenología conformaron un diálogo filosófico productivo entre sí, pero también con la filosofía analítica o el spinozismo. Esta tradición sostenida en el diálogo entre distintas tradiciones hizo más natural la lectura de textos que parecían romper la diferencia entre filosofía continental y la anglosajona de corte analítico.

Hay también un impacto particular en el modo de refigurar los estudios de la memoria en una región donde esta mirada hacia el pasado está siempre imbricada con la política, es decir, con la mirada hacia el futuro. Repensar la idea de trauma y la de agencia política en su relación ha sido siempre clave en Latinoamérica y el giro afectivo ha ayudado a volver sobre esta cuestión de un modo alternativo. También en la región —y a partir de las incontables simplificaciones producidas sobre el tema en el Norte Global— el giro afectivo ha permitido analizar de manera compleja el amplio arco de lo que se suele llamar “populismo”.

FL: De manera frecuente, la recurrencia a los afectos está permeada por el sentido común, incluso como despliegue individual de las formas de subjetivación del neoliberalismo. ¿Qué alternativa presenta el enfoque del SEGAP a esta situación?

CM: Esto es clave. El corazón del giro afectivo reside en cuestionar la idea de que los afectos son meramente individuales e internos. Por cierto, no se trata de algo enteramente nuevo. Dentro de la filosofía hubo varios análisis que sostuvieron esta idea. Sin embargo, poner en primer plano la dimensión performativa de los afectos donde estos son

entendidos como acciones y no como padecimientos permite iluminar la cuestión de la acción de otro modo. En los escritos de Berlant y de Ahmed encontramos numerosos ejemplos del modo en que, en tal caso, el neoliberalismo puede ser entendido como una configuración afectiva particular donde el presupuesto de que los afectos son estados internos es fundamental.

FL: En la actualidad, los afectos se han instalado en los textos sobre arte. A veces, su uso reiterado parece vaciar el sentido de las discusiones que venís planteando. Otras veces, los afectos quedan circunscriptos de manera exclusiva a la intimidad, las problemáticas que atraviesan a las mujeres, las disidencias sexuales y el registro de la primera persona, borrando un umbral más amplio que nos permite observar y debatir con mayor detenimiento los anudamientos que se dan en las lógicas mayoritarias. Podría decirse que muchas veces, los afectos funcionan como una característica intrínseca de la posición “subalterna” ¿Cuál es tu opinión al respecto?

CM: Efectivamente, es así. En general las modas —y en un punto el giro afectivo como tantos otros giros, lo es— producen un uso acrítico del término. Con esto no quiero decir que los conceptos de afecto o emoción no sean disputados —de hecho, felizmente lo son—, sino que suelen ser utilizados para referirse a las tramas de afectos en el sentido burdo de “cariño” que enlazan a grupos artísticos y literarios o también, como decís vos, exclusivamente a grupos subalternos —y esto último me parece particularmente grave porque es otra forma del esencialismo y la estigmatización—. En estos casos el término es utilizado para referirse a relaciones afectuosas o cariñosas entre personajes, pero también para ponerle un nombre a vínculos que no pueden ser caracterizados en términos estrictamente estéticos o políticos. Este tipo de caracterización “cariñosa” es utilizada también para denostar el giro afectivo, como si fuera una perspectiva teórica edulcorada o casi kitsch de las relaciones sociales. Paradójicamente, a esto colabora cierta

tendencia en mantener la distinción entre afectos positivos y negativos en términos valorativos; algo que se sostiene, por ejemplo, en la creencia bastante limitada de que el amor es bueno y el odio, malo. Es por estas cuestiones que me interesa tanto insistir en que el giro afectivo es una teoría crítica en todas sus consecuencias —teóricas y políticas— destinada a desarmar modos de vivir o de estar juntos que es necesario, más que meramente revisar, rebatir.

FL: A partir de años de trabajo y discusión colectiva en grupos de investigación, simposios y otras actividades generadas en la universidad pública, ¿qué balance podés hacer sobre el seminario?

CM: El primer balance tiene que ver con la ampliación de las discusiones sobre los afectos en la Argentina. Se trata de una expansión felizmente heterodoxa que construyó una comunidad de debate atravesada por un tema común, pero con vocabularios y temas de análisis diferentes. En 2018, hicimos nuestro IV Simposio “Pensar los Afectos” en el que recibimos casi 300 propuestas. Más allá de la cuestión cuantitativa que expresa un interés, en las discusiones producidas en esos días resultó claro que era necesario mantener muchas de esas diferencias para que el debate fuera lo más productivo posible. Lo que nos une en un punto es la certeza de la teoría sobre los afectos es una forma de la teoría crítica. También, nos resultó claro que esta trama interdisciplinaria fue mucho mejor recibida a nivel institucional de lo podríamos haber imaginado. La universidad pública es sin dudas un espacio receptivo a la introducción de temas nuevos planteados a nivel transdisciplinar. Sin embargo, el mercado editorial parece no estar preparado para este tipo de discusiones. Por ejemplo, hace unos años varias editoriales rechazaron nuestra primera compilación —*Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*— diciendo explícitamente que cuando un tema era demasiado nuevo no funcionaba. La paradoja es que tres años después otra editorial se lamentó por haber

llegado tarde a la discusión. Esta anécdota tiene que ver también con una particularidad de nuestro país: al no existir editoriales académicas profesionales las empresas tienen una relación bastante contradictoria con este tipo de producción. Es decir, saben que en la academia y sus ramificaciones están tanto su mercado como sus eventuales autorxs, pero desconfían de su posible difusión a menos que lleve un nombre extranjero legitimado como vendedor. Digamos que no están muy acostumbrados a inventar como vender discusiones conceptuales, algo que debería ser parte de su trabajo. Yo lo llamaría pereza, no más que eso. Pereza en especial en poder ubicar una trama teórica que es justamente transdisciplinaria.